

## Las Cruzadas y la actualidad<sup>1</sup>

*The Crusades and the Modern World*

**Thomas F. Madden**

*Universidad de St. Louis, Estados Unidos.*

Desde los ataques del 11 de septiembre de 2001, las cruzadas han sido sacadas de las páginas de los libros de historia y puestas en las primeras páginas y pantallas de televisión en todo el mundo, especialmente en EE.UU. En 1999 escribí unos de esos libros. Era una breve introducción a un tema que se enseñaba solo en muy pocas universidades en EE.UU. Dos años después, cuando los estadounidenses trataban de entender por qué los habían atacado, salió este libro de las salas de clases y empezó a aparecer en las librerías de todo el país, y ahí sigue, traducándose a docenas de idiomas. Y ya que yo era el único erudito americano vivo que había escrito un libro de las cruzadas, el 12 de septiembre recibí muchísimos mensajes; el teléfono sonaba pidiéndome entrevistas. Quedé petrificado cuando di la primera de ellas en una estación de radio nacional. Poco después estas entrevistas se hicieron rutinarias.

En las cientos de entrevistas que he dado sobre el tema de las cruzadas, las preguntas generalmente terminan en el mismo lugar. ¿Son las cruzadas la raíz de la lucha entre el islam y Occidente?; es decir, ¿no es realmente culpa de las cruzadas?

Osama Bin Laden lo cree. Él y sus partidarios nunca dejaron de describir la guerra contra el terrorismo como una nueva cruzada contra el islam. Y a los norteamericanos, especialmente, los consideran cruzados. Esta es una opinión común en el Medio Oriente. Muamar Gadafi la repetía frecuentemente: el 25 de agosto de

---

<sup>1</sup> El presente trabajo corresponde a la transcripción literal y a la traducción de la conferencia "The Crusades and the Modern World", dictada por el profesor Madden para público general el 27 de septiembre de 2011 en el Aula Magna de la Escuela Militar, Santiago de Chile. Se excluye la sesión de preguntas. Agradecemos, por la transcripción y traducción de este trabajo, a Jaime Rodillo Huerta, colaborador del Centro de Estudios Medievales de la Universidad Gabriela Mistral. Thomas Madden es un especialista en las cruzadas de reconocimiento mundial y fue profesor visitante del Centro de Estudios Medievales.

2012 se refirió a las fuerzas de la Otan como cruzados, y llamó a todos los fieles musulmanes a levantarse en contra de estos nuevos cruzados.

Irónicamente, esta perspectiva de las cruzadas medievales en realidad no está lejos de ser distinta a la que tiene mucha gente en Occidente. Y no es una coincidencia, ya que, como voy a explicar, es la cultura occidental la que entregó a Osama Bin Laden y a Muamar Gadafi sus propios recuerdos de las cruzadas.

Hoy en día, en la cultura popular de Occidente, las cruzadas generalmente se recuerdan como una especie de guerras santas contra el islam, conducidas por papas sedientos de poder y libradas por fanáticos religiosos. Usualmente, se describen como el epítome de la altanería y la intolerancia, y se las caracteriza como una mancha negra en la historia de la Iglesia Católica, en especial, y de la civilización occidental en general.

Una raza de puristas, los cruzados introdujeron la agresión en el pacífico Medio Oriente y luego deformaron la avanzada cultura musulmana, dejándola en ruinas. Para abundar en este tema no hay que buscar muy lejos. Desde documentales de la BBC, por ejemplo, o del History Channel, hasta películas de cine como *Kingdom of Heaven* de Ridley Scott. En realidad, no se me ocurre ningún relato mediático de las cruzadas que no adhiriera de cierta manera a esta opinión.

Pero no era así como veían los europeos las cruzadas cuando ocurrieron. En realidad, lejos de ser un ataque ofensivo por las tierras del islam, los cristianos occidentales vieron las cruzadas como una acción defensiva ante la presión de los musulmanes. Y algo de razón tenían. Los cristianos del siglo XI no eran fanáticos paranoicos. Realmente había musulmanes que los atacaban.

Desde el tiempo de Mahoma los musulmanes se habían expandido por medio de la guerra con mucho éxito. El pensamiento musulmán tradicional divide el mundo en dos esferas, llamadas el lugar del islam y el lugar de la guerra. La cristiandad y otras religiones no musulmanas no tenían lugar. Los cristianos y los judíos se podían tolerar dentro de un Estado musulmán, gobernado por musulmanes, pero sus Estados había que destruirlos y conquistarlos.

En la época de Mahoma, en el siglo VII, el cristianismo era la religión dominante. Como fe del Imperio Romano cubría todo el Mediterráneo, incluyendo el Medio Oriente, donde había nacido. El mundo cristiano, entonces, era un gran objetivo para los primeros califas. Y así seguiría para los líderes musulmanes por los próximos mil años. Con enorme energía, los guerreros del islam atacaron a los cristianos poco después de la muerte de Mahoma, en el año 632, y tuvieron tremendo éxito. Palestina, Siria, Egipto, las más densamente pobladas áreas cristianas del mundo, sucumbieron rápidamente.

Para el siglo VIII los musulmanes habían conquistado todo el norte cristiano de África y España. En el siglo XI los turcos selyúcidas conquistaron Asia Menor, es

decir, la Turquía de la actualidad, que había sido cristiana desde los días de San Pablo. El antiguo Imperio Romano cristiano, conocido como el Imperio Bizantino en la historia moderna, se redujo a poco más que Grecia.

Desesperado, el emperador de Constantinopla escribió a los cristianos de Europa Occidental pidiéndoles que ayudaran a sus hermanos y hermanas del Oriente, o lo que quedaba de ellos. Eso es lo que en realidad dio origen a las cruzadas. Fue en esencia una reacción tras más de cuatro siglos de conquista, en el cual los ejércitos musulmanes habían ya capturado a dos tercios del antiguo mundo cristiano. En algún momento, la cristiandad como fe y cultura o bien se defendía o quedaría sometida al islam. Los cruzados fueron esa defensa.

El papa Urbano II llamó a los caballeros de la cristiandad a rechazar la conquista del islam en el Concilio de Clermont en 1095. La respuesta fue tremenda. Miles y miles de guerreros tomaron el voto de la cruz y se prepararon para la guerra. ¿Por qué lo hicieron? La respuesta a esta cuestión ha sido muy mal entendida a través del tiempo. Alguna vez se creyó entre los historiadores que los cruzados eran desposeídos buscapleitos que aprovecharon la situación para robar y saquear en tierras lejanas. Muchos libros de secundaria y universitarios siguen presentando las cruzadas de ese modo.

Sin embargo, durante las últimas dos décadas surgieron estudios computarizados de documentos que han probado que esto estaba equivocado. Los eruditos han visto que los cruzados eran en general muy ricos, con gran cantidad de tierras en Europa. Y que gastaron enormes sumas para emprender esta misión. Hacer las cruzadas no era barato. Incluso, señores muy ricos se empobrecían junto a sus familias cuando ingresaban a las cruzadas. Lo hacían no porque esperaran riqueza material, que ya tenían en abundancia, sino porque esperaban almacenar tesoros donde el óxido y las polillas no los corromperían. Eran guerreros profesionales muy conscientes de sus pecados, pecados que eran inherentes a su profesión, y estaban dispuestos a afrontar las penurias de las cruzadas, a las cuales veían como un acto de penitencia, de caridad y de amor.

Europa está llena de miles y miles de cartas medievales que son testigos de estos sentimientos, a través de los cuales hombres y mujeres siguen hablándonos. Por supuesto, estos hombres no se oponían a capturar botín si es que había la ocasión, pero la verdad es que las cruzadas fueron muy malas para el saqueo. Algunos sí se enriquecieron, aunque la gran mayoría volvió con nada. En realidad, muchos no volvieron; más o menos uno de cada dos cruzados murió en este viaje

Urbano II les dio a los cruzados dos metas. Y las dos seguirían siendo centrales por siglos para las cruzadas. La primera era salvar a los cristianos del Oriente. Como su sucesor el papa Inocencio II escribió después: “¿Cómo un hombre ama según el precepto divino a su prójimo como a sí mismo, sabiendo que sus hermanos en la fe son mantenidos por los musulmanes en confinamiento, agobiados por el

yugo de la servidumbre, y no se entrega a la tarea de liberarlos? ¿Es que no saben Uds. que muchos miles de cristianos son tenidos en esclavitud y en prisión por los musulmanes, torturados con tormentos innumerables?”.

Jonathan Riley-Smith ha dicho con razón que las cruzadas se consideraron un acto de amor, de amor al prójimo. La cruzada se veía como una tarea de misericordia para enderezar un terrible entuerto. De tal modo, el papa les pidió después a los caballeros templarios: “Uds. ejecutan en hechos las palabras del Evangelio; no hay mayor amor que dar la vida por sus amigos”.

La segunda meta era la liberación de Jerusalén y de otros lugares hechos santos por la vida de Cristo. La palabra “cruzada” es moderna. Los cruzados medievales se consideraban peregrinos al Santo Sepulcro. La indulgencia que recibían estaba relacionada con la indulgencia del peregrinaje. En la sociedad medieval no es sorprendente que esta meta se haya descrito muchas veces en términos feudales. Por ejemplo, cuando llamaron a la V cruzada en el 1215, el papa Inocencio III escribió lo siguiente: “Consideren, queridísimos hijos, consideren que algún rey temporal fuera arrojado de sus dominios y quizás capturado. Cuando fuera restaurada su libertad y el tiempo hubiera llegado para dispensar justicia, ¿no miraría él a sus vasallos como infieles y traidores, a menos que se hubieran convertido no solo sus propiedades sino también sus vidas a la tarea de liberarlo? Igualmente Jesucristo, el Rey de reyes y Señor de señores, cuyos sirvientes Uds. no pueden negar que son, que dio su alma y su cuerpo para redimirlos con su precioso amor, ¿no los condenaría a Uds. por el vicio de ingratitud y el crimen de infidelidad si dejaran de ayudarlo?”.

La reconquista de Jerusalén, por entonces, se entendía por los cristianos medievales como un acto de restauración y una declaración abierta del amor a Dios. La gente sabía que Dios tenía el poder para restaurar Jerusalén por sí mismo, y el mundo entero. Sin embargo, como San Bernardo de Claraval predicaba, no lo hacía como un acto de bendición a su pueblo. Bernardo escribió: “Una vez más digo, consideren su infinita bondad y misericordia. Él se puso a sí mismo bajo la obligación hacia Uds. o tal vez fingió que lo hacía para ayudarles a realizar su obligación hacia sí mismos. Yo invoco bendiciones para esta generación que puede ver la oportunidad de esa indulgencia tan rica como esta”.

En la Europa medieval las cruzadas en el Oriente eran universalmente descritas como un acto de bien y de bondad tremenda; una persona era una persona que, a gran costo y peligro personal, buscaba rescatar a los pisoteados, defendía a los indefensos y restauraba el cristianismo que había sido robado de manera violenta. La indulgencia de un cruzado, entonces, era simplemente un reconocimiento formal de un componente penitencial en las acciones.

Los cruzados eran pecadores. Tomaban la cruzada no solo para defender su mundo, sino como una penitencia de sus pecados. Debido a la naturaleza de su profesión,

los guerreros colocaban sus almas en riesgo. La cruzada, por lo tanto, era un medio para salvar sus propias almas, y eso no era algo pequeño. En el mundo medieval, donde la muerte estaba siempre cerca, la salvación del alma lo significaba todo, era un hecho de preocupación constante para todos.

En cualquier caso, la primera cruzada fue una jugada incierta. No había un líder, no había una cadena de comando, no había línea de abastecimiento, no había estrategia. Eran simplemente miles de guerreros que marchaban en el territorio enemigo, comprometidos con una causa en común. Muchos de ellos murieron, ya sea en batalla, por enfermedades o de hambre. Era una campaña dura, una que parecía siempre al borde del desastre.

Sin embargo, fue increíblemente exitosa. En 1098 los cruzados ya habían restaurado Nicea y Antioquía al dominio cristiano. En julio de 1099 conquistaron Jerusalén y habían comenzado a construir un nuevo Estado cristiano en Palestina. El gozo en Europa era desbordante; parecía que la marea de la historia, que había llevado a los musulmanes a tales alturas, estaba cambiando. Aunque de hecho no era así.

Cuando pensamos respecto de la Edad Media es fácil ver a Europa a la luz de lo que se convirtió, más de lo que era. El coloso del mundo medieval era el islam y no el cristianismo. Las cruzadas son interesantes porque eran un intento de contrarrestar esa tendencia. Pero todavía es cierto que en cinco siglos de cruzadas fue solo la primera cruzada la que hizo retroceder de manera significativa el progreso militar del islam en el Oriente. Y de ahí todo fue cuesta abajo. Una vez que los estados musulmanes en la región se unificaron en contra del reino de Jerusalén, estaban condenados.

Si las cruzadas representaban el mayor bien, ¿cómo podían fracasar? Si los cruzados luchaban por Dios, entonces, ¿por qué las victorias eran para sus enemigos? Estas eran preguntas que perturbaban a los cristianos en la Edad Media. La respuesta no estaba mucho más allá de la Biblia. Los israelitas antiguos frecuentemente habían sido derrotados por otros pueblos sin dios, y no era porque Dios los había abandonado o porque favorecía a los extranjeros. En vez de eso, Él utilizaba estas derrotas como un medio para castigar a su pueblo por sus pecados.

Los europeos tomaron sus derrotas a mano de los musulmanes como evidencia clara de sus propios pecados. Esto llevó a nuevos intentos de purificar la Iglesia y toda la sociedad cristiana a lo largo de la Edad Media. El éxito en las cruzadas se convirtió en un barómetro del alma del cristianismo. Cuando tuvieron éxito, Dios estaba contento con su pueblo. El problema fue que nunca tuvieron verdadero éxito.

El último puesto cristiano en Tierra Santa cayó en 1291. En los siglos siguientes, el crecimiento dramático del poderío musulmán, especialmente bajo el imperio otomano, trajo solamente derrotas para Occidente. En el siglo XIV los cruzados

ya no eran capaces de derrotar a los musulmanes en estas tierras lejanas, y estaban desesperados tratando de defender Europa contra la invasión musulmana.

En el siglo XVI los turcos otomanos habían conquistado todo el Medio Oriente, la parte norte de África y el sudeste de Europa, incluyendo Grecia, Albania, Hungría y otros. El sultán Solimán el Magnífico estuvo muy cerca de conquistar Viena. Si lo hubiese hecho, habría quedado toda Alemania a su merced. Viena fue salvado por una tormenta de lluvia, no por los cruzados.

Fue en el siglo XVI cuando Europa Occidental estaba en el peor de los peligros de caer bajo el yugo musulmán y la cruzada como institución comenzó a colapsar de manera total. Hay muchas razones para esto. La autoridad secular en Europa crecía a medida que la unidad religiosa se desmoronaba, y los europeos comenzaron a dividirse en distintas líneas políticas. Además, había un fuerte deseo en Occidente para una reforma en la Iglesia. Los reformadores invariablemente criticaban las doctrinas que eran muy importantes para las cruzadas, en particular la autoridad secular del papa y la doctrina de la indulgencia.

Con la expansión de la reforma protestante, las cruzadas fueron vistas como una línea confesional. Los protestantes, como Martín Lutero, condenaron las cruzadas como una herramienta del papado corrupto. Incluso, los protestantes tenían que reconocer el enorme poder de los turcos y el peligro que ese poder representaba para la Europa cristiana. Si los cruzados estaban moralmente en bancarrota, como los protestantes insistían, ¿cómo los europeos se podían unir para defenderse en contra de su enemigo común?

Durante mil años, después de la muerte del profeta, los ejércitos musulmanes habían conquistado tres cuartos de todo el mundo cristiano antiguo, a pesar de los esfuerzos de generaciones de cruzados de detener ese avance. Observadores imparciales de ese tiempo, podrían haber concluido que el cristianismo era un reto que no tenía posibilidad de éxito contra el Imperio Otomano, y que estaba a punto de ser suplantado por la religión y cultura del islam, mucho más joven y enérgica.

Sin embargo, ese observador habría estado equivocado. Dentro de Europa nuevas ideas estaban surgiendo, las cuales tendrían un impacto y repercusión sin precedentes. No solo en el Mediterráneo, sino en todo el mundo. Habían nacido una mezcla única de fe, razón, individualismo y emprendimiento. Esas ideas produjeron un aumento rápido, sin precedentes en la experimentación científica, con aplicaciones prácticas inmediatas.

En el siglo XVII las cosas ya habían cambiado tanto que la riqueza y poder europeos estaban creciendo de manera exponencial. Estaban entrando a una nueva era sin comparación. Es uno de los eventos más importantes de la historia: el Occidente cristiano, que estaba dividido internamente y a punto de ser conquistado por un

imperio poderoso, de pronto se proyectó con una energía increíble, neutralizando a sus enemigos y expandiéndose en todo el globo.

El fantasma del ejército musulmán que avanzaba, y que por siglos había representado tal peligro para el oeste cristiano, ya no constituía una amenaza seria. De hecho, a medida que los europeos se expandían por los horizontes globales, olvidaron que esa amenaza había existido. El mundo musulmán ya no se veía como un enemigo, sino simplemente como una cultura atrasada. Desde esa perspectiva, las cruzadas medievales comenzaron a aparecer distantes e innecesarias. Un artefacto descartado de la niñez de la civilización.

El siglo XVIII vio el surgimiento de la Ilustración con un énfasis en el pensamiento racional, la tolerancia religiosa y el anticlericalismo. En una atmósfera como esa, las cruzadas medievales ya no eran recordadas en buena forma. De hecho, los historiadores de la Iluminación, como Voltaire y Edward Gibbon, veían la Edad Media como un cúmulo de ignorancia, superstición y fanatismo, la cual se ubicaba entre ellos y las glorias del mundo antiguo. No es sorprendente que vieran y describieran a las cruzadas como una manifestación extraña del barbarismo medieval, en las cuales miles de engañados marcharon en ríos de sangre, en un lastimoso intento de salvar sus almas. En su famoso libro *La Declinación y Caída del Imperio Romano*, Gibbon insistió que nada bueno salió de las cruzadas, con excepción quizás de la exposición de Europa a culturas asiáticas más sofisticadas.

Durante el siglo XIX los cruzados fueron rehabilitados por el movimiento romántico, que adoraba todo lo medieval, y también por las nuevas ideologías como el nacionalismo y el imperialismo. Los nacionalistas franceses, por ejemplo, veían a su país como el epicentro cultural así como el líder natural de Europa. Ellos, con orgullo, rememoraban las cruzadas medievales, que habían surgido en la Francia medieval, como un ejemplo claro de la grandeza de su país. Los franceses invadieron y conquistaron Algeria en 1830, en una campaña que se describió como la sucesora de la campaña de San Luis en Tunes en 1270. Sin embargo, las cruzadas fueron remodeladas en el siglo XIX para convertirlas en algo que jamás representaron. Este fue el primer intento de Francia de traer los frutos de la civilización occidental al mundo musulmán. Y como tal, las nuevas cruzadas “mejoradas” fueron modernizadas para convertirse en el primer capítulo en el colonialismo europeo.

Esto funcionó bien, ya que todas las potencias coloniales fueron también cruzadas en su historia. Alemania tuvo a Federico Barbarroja, Inglaterra tuvo a Ricardo Corazón de León, incluso la pequeña Bélgica tuvo a Godofredo de Bouillón. Una de las secuelas de la Primera Guerra Mundial fue la caída del antes poderoso Imperio Otomano, el último gran Estado musulmán. Al dividir los restos de dicho imperio, la Liga de las Naciones cedió el control de Palestina y Siria a Gran Bretaña y Francia. Empapados ahora de estos precedentes medievales imaginarios,

los europeos pudieron haber evitado este nuevo colonialismo como un capítulo final en la larga historia de las cruzadas.

Por ejemplo, la revista popular londinense *Punch* hizo un dibujo de Ricardo Corazón de León viendo a los ingleses que entraban a Jerusalén, y decía: “Al fin mi sueño se ha cumplido”. De manera similar, después de tomar el mando en Siria, el general francés Henri Buron dijo, a medida que los soldados franceses marchaban por las mezquitas, “atento Saladino, hemos regresado”.

Comúnmente se dice que las memorias de Medio Oriente son largas, y que aunque las cruzadas se pueden haber olvidado en Occidente, sí se recuerdan vívidamente donde ocurrieron. Por ejemplo, en un discurso dado en la Universidad de Georgetown algunas semanas después de los ataques del 11 de septiembre, el expresidente Bill Clinton señaló: “Aquellos de nosotros que venimos de distintos linajes europeos no somos inocentes. De hecho, en la primera cruzada, cuando los soldados cristianos tomaron Jerusalén, quemaron una sinagoga con 300 judíos en ella y luego procedieron a matar a toda mujer y niño musulmán en el monte del templo. Las descripciones contemporáneas del evento describen a los soldados que caminaban en el monte del templo, que es un lugar santo para los cristianos, con la sangre que llegaba incluso hasta sus rodillas. Yo puedo decirles que esa historia todavía se cuenta hoy en Medio Oriente, y aún estamos pagando por eso”.

El presidente tiene razón: esa historia aún se narra, pero no es exacta, ni es una memoria largamente sostenida sobre esos dramáticos eventos. Incluso, el hecho simple es que las cruzadas eran virtualmente desconocidas en el mundo musulmán hace un siglo atrás. El término para los cruzados en árabe, *al-salibiyyun*, solo se introdujo en el lenguaje árabe a mediados del siglo XIX. Antes de eso no había ninguna palabra de aquel idioma para denominar la cruzada. La primera historia árabe sobre las cruzadas no se escribió sino hasta 1899. En otras palabras, hace poco más de cien años nadie en Medio Oriente narraba ese suceso. ¿Cómo es aquello posible? ¿Cómo podían los musulmanes no recordar siglos de guerras santas cristianas contra ellos? No hay que olvidar que aunque las cruzadas eran de tremenda importancia para los europeos, eran una cosa muy menor, muy insignificante para el vasto mundo musulmán.

Tradicionalmente, los musulmanes se interesaban muy poco en los pueblos o en los eventos fuera del *Dar al-islam*, el mundo del islam. Había entonces nada que diferenciara las cruzadas de otras numerosas -y casi constantes- guerras contra los infieles. Las cruzadas, en todo caso, fueron fracasos y, por lo tanto, irrelevantes. A un viajero occidental del siglo XVIII le habría costado encontrar un musulmán en cualquier parte del Medio Oriente que hubiera escuchado hablar de las cruzadas. Incluso, en el siglo XIX eran conocidas solo por un puñado de intelectuales. En la gran marea de la historia islámica las cruzadas simplemente no importaban.

La percepción musulmana de su propia historia cambió en el siglo XX. Rescata-

dos de la oscuridad, los cruzados fueron redescubiertos y recibieron un lugar de importancia que jamás habían disfrutado antes. La larga memoria de las cruzadas en el mundo musulmán es, en realidad, una memoria construida, una en que el recuerdo es mucho más joven que el evento mismo. ¿Cómo pasó esto?

Como ya hemos visto, cuando las potencias coloniales europeas tomaron control del Medio Oriente, después del colapso del Imperio Otomano, trajeron con ellos un concepto de las cruzadas y una comprensión de sus propias acciones dentro de ese contexto medieval. En los libros y en las escuelas coloniales los europeos enseñaron el mundo musulmán respecto de las cruzadas. En esos textos se describían vívidamente como empresas heroicas, cuyo objetivo, como el de los europeos modernos, era llevar la civilización al Medio Oriente.

También fue en este tiempo que Saladino fue reintroducido en el universo musulmán. Aunque sea difícil de creer, el famoso sultán había sido virtualmente olvidado en el Medio Oriente. Eso no debe ser muy sorprendente. Saladino era kurdo, no árabe, y este es un grupo étnico no muy apreciado ni por los árabes ni por los turcos. Y aún no lo es. Aunque ganó la batalla de Hattin en 1187 y después conquistó Jerusalén y mucho territorio cruzado, sus éxitos y su dinastía duraron muy poco. La tercera cruzada logró borrar la mayor parte de sus conquistas. Incluso Jerusalén no iba a permanecer en manos musulmanas.

Saladino puede haber sido olvidado en el Medio Oriente, pero era muy bien recordado en Europa Occidental. En parte, porque sus maneras y acciones parecían tener mucho en común con lo caballeresco. No hay duda que Ricardo Corazón de León apreciaba a Saladino. Esto hizo un enemigo perfecto para el famoso rey cruzado y, por lo tanto, figura mucho en los escritos medievales. En su momento, los relatores de historia occidentales vieron a Saladino como un caballero, inclusive secretamente convertido al cristianismo. En la Venecia medieval, el nombre Saladino tuvo un gran período de popularidad entre los niños cristianos. Fue este Saladino idealizado, el guerrero noble, gobernante misericordioso y gran unificador, que los europeos modernos llevaron cuando volvieron al Medio Oriente durante el siglo XX.

Esto ocurrió de forma muy dramática, de hecho, en 1899, cuando el emperador Guillermo II de Alemania visitó la largamente olvidada tumba de Saladino en Damasco. Choqueado por el pobre estado de la tumba, Guillermo pagó por la creación de un nuevo mausoleo, donde puso una corona de bronce con la inscripción “De un gran emperador a otro”.

Dos grandes grupos en Medio Oriente, nacionalistas e islamistas, se oponían al colonialismo europeo en el siglo XX. Los nacionalistas exigían Estados soberanos independientes de los europeos. Los islamistas miraban al Corán y la historia islámica insistiendo que los musulmanes tenían que renovar la *jihad* y restaurar la unidad del *Dar al-islam*. Los nacionalistas y los islamistas eran antagonistas

naturales entre sí, pero compartían el deseo común de expulsar a las potencias europeas del Medio Oriente.

Dado que los mismos colonialistas relacionaban su ocupación con las cruzadas medievales, fue natural que los musulmanes, especialmente los árabes, hicieran lo mismo. Esto se hizo muy pronunciado desde la creación del Estado de Israel, que los árabes afirmaban era un nuevo reino cruzado. El hecho de que Israel era judío no importaba. Seguía siendo un Estado no musulmán plantado en las tierras donde habían pasado los cruzados.

Para la década del 1950, el colonialismo se había desacreditado en Occidente. En EE.UU. y en Gran Bretaña, los intelectuales empezaron a calcular el daño hecho al mundo por el legado del imperialismo. Las cruzadas, que ya habían sido redefinidas como la primera aventura colonial de Occidente, fueron descreídas por la misma razón. No se dijo más: fueron guerras destructivas de codicia, cubiertas cínicamente con una delgada capa de beatería y lugares comunes. Era tan fuerte este sentimiento, especialmente entre las elites intelectuales, que muchas tomaron parte de una marcha siguiendo las huellas de la primera cruzada, en el aniversario número 900, en el año 1999. El propósito de esta caminata de reconciliación era disculparse con todo el Medio Oriente por las cruzadas y su legado.

Cuando se encontraban con los musulmanes les daban señales de disculpas, diciendo: “Hace 900 años nuestros abuelos llevaron el nombre de Jesucristo a la batalla por el Medio Oriente. Llevados por el miedo, la ambición y el odio, traicionaron el nombre de Cristo. Nosotros lamentamos profundamente las atrocidades que se cometieron en el nombre de Cristo. Estas fueron motivadas por odio y prejuicio, pero ahora nosotros les ofrecemos amor y hermandad”.

Los nacionalistas árabes y los islamistas estaban totalmente de acuerdo con esta interpretación de las cruzadas. La pobreza, la corrupción y la violencia del Medio Oriente, se decía que eran los efectos perdurables de las cruzadas y del posterior imperialismo europeo. El mundo musulmán no había podido mantenerse al mismo ritmo de Occidente porque había sido debilitado por los cruzados, y este ataque se repitió por sus descendientes en el siglo XIX. O así se decía.

Los dictadores que regían los Estados independientes árabes se aprovecharon de esto para desviar las críticas a sus propios regímenes. Generaciones de escolares árabes recibieron en su enseñanza la formación de que los cruzados fueron un caso claro del bien contra el mal. Los fanáticos cruzados arrasaron un mundo pacífico y sofisticado, dejando carnicería y destrucción tras ellos. Sin embargo, Saladino, el gran líder heroico, llevó a los musulmanes a la victoria, capturó Jerusalén y desafió a los invasores. No es sorprendente, entonces, que los líderes árabes de hoy sigan invocando este recuperado recuerdo de Saladino.

Por ejemplo, en 1992 el líder sirio Hafez al-Asad puso una estatua ecuestre de tamaño natural de Saladino con un cruzado derrotado a sus pies, directamente frente a la

ciudadela de Damasco y a menos de cien yardas de distancia de un enorme retrato del mismo al-Asad. Una imagen de la estatua incluso puede verse en los billetes sirios.

El expresidente de Irak, Sadam Husein, regularmente se refería a sí mismo como un nuevo Saladino que iba a unir el mundo árabe contra sus enemigos comunes (aunque Saladino no fue árabe). Hoy día muchos islamistas creen que Occidente, y especialmente EE.UU., están realizando una nueva cruzada que se lucha en muchísimos frentes. Las bases militares de Estados Unidos, en especial las ubicadas en los países musulmanes, se describen como el retorno de las fuerzas cruzadas. Cuando Osama Bin Laden emitió su declaración de jihad el 23 de febrero de 1998, lo hizo contra “los judíos y los cruzados”. Así rezaban sus palabras: “La península Arábiga jamás, desde que Alá la hizo plana, creó sus desiertos y la rodeó de mares, ha sido atacada por cualquier fuerza como los ejércitos cruzados, esparciéndose como saltamontes”.

Los ataques al país norteamericano del 11 de septiembre de 2001 fueron considerados por el islamista como un acto de jihad contra un Estado cruzado. Fue una nueva batalla de Hattin, un nuevo campo de sangre. Cuando EE.UU. declaró la guerra de Afganistán y el terrorismo islámico, las naciones europeas se levantaron en su apoyo. Esto también lo vieron los islamistas a través del prisma de las cruzadas. En una entrevista de octubre del 2001, Bin Laden señaló: “Esta es una guerra recurrente. Los cruzados originales fueron traídos aquí por Ricardo de Gran Bretaña, Luis de Francia y Barbarroja de Alemania. Hoy día los países de los cruzados se apresuraron; tan pronto Bush levantó la cruz, aceptaron la norma de la cruz”.

El popular libro de Amin Maalouf *Las cruzadas a través de ojos árabes*, de 1984, hace la siguiente pregunta: ¿podemos llegar a asegurar que las cruzadas marcaron el comienzo del surgimiento de Europa Occidental, que iría a llegar a dominar el mundo y que tocaron la campana de muerte de la civilización árabe? Con algunas salvedades, responde afirmativamente. Si bien en la época de las cruzadas se encendió una revolución cultural y económica en Europa Occidental, en Medio Oriente estas guerras santas llevaron a largos ciclos de decadencia y oscurantismo. Asaltados de todas partes, el mundo musulmán se volvió hacia sí mismo. Y al respecto, continúa diciendo: no puede dudarse que el sisma entre estos dos mundos se remonta a las cruzadas, un hecho sentido profundamente por los árabes incluso hoy día como un acto de violación.

Maalouf, novelista, llega a esta conclusión, perfectamente acorde con el consenso popular moderno tanto en Medio Oriente como en Occidente. Popular quizás puede ser, pero equivocado. Los eruditos han dicho por mucho tiempo que las cruzadas no tuvieron ningún efecto benéfico en la economía de Europa. En realidad fueron una fuga de recursos de Europa. El aumento de población y riqueza precedió a las cruzadas; en realidad permitió que estas se produjeran. En lugar de haber estado decadente o asaltado por todos lados, el mundo musulmán crecía a cada vez mayores cimas de poder y prosperidad mucho después de la introducción

de los Estados cruzados en 1291. Fue el mundo musulmán, bajo el gobierno de los sultanes otomanos, el que invadiría Europa Occidental, amenazando seriamente los últimos restos de la cristiandad. Los cruzados no contribuyeron en nada a la declinación de la vida musulmana. La evidencia es muy clara en este sentido.

Incluso hay pruebas de la declinación en el Occidente cristiano, que fue obligado a montar estas desesperadas expediciones para defenderse contra el imperio musulmán que estaba en constante crecimiento. Volviendo a la cuestión con la que empecé: ¿son culpa de los cruzados las tensiones actuales entre el islam y Occidente? La respuesta sencilla es que no. Las cruzadas son un fenómeno medieval, una parte de aquel mundo que es muy distinto del que tenemos de hoy. Los cruzados vieron las cruzadas al Oriente como guerras religiosas en defensa de la cristiandad.

Por su parte, los musulmanes medievales no tenían ninguna comprensión ni interés en estas guerras. El reino cruzado de Jerusalén simplemente fue un Estado más en un panorama político caótico. Cuando los musulmanes finalmente se unieron, despacharon a los infieles. Y eso sería todo. Los Estados cruzados eran una pequeña migaja en el gran guisado que es la historia islámica. No fueron las cruzadas las que llevaron al ataque del año 2001, sino un recuerdo artificial de ellas, construido por los poderes coloniales modernos y transmitido por los nacionalistas e islamistas árabes. Los nuevos recuerdos despojan las expediciones medievales de todos los aspectos propios de su época, vistiéndola con los andrajos del imperialismo del siglo XIX.

Los cruzados, entonces, se han transformado en un ícono para agendas modernas, que los cristianos y musulmanes medievales difícilmente habrían entendido ni menos aceptado.



Propaganda de Saddam Hussein comparándose con Saladino en este poster.